Año I. Domingo 14 de Marzo de 1852. Núm 33.

LA MUJER,

PERIODICO

escrito por una sociedad de señoras y dedicado á su sexo.

Este periódico sale todos los domingos; se suscribe en Madrid en las librerías de Monier y de Cuesta, á 4 rs. al mes; y en provincias 10 rs. por dos meses franco de porte, remitiendo una libranza á favor de nuestro impresor, ó sellos de franqueo.

Segun presagiamos, hemos recibido ya varias comunicaciones de algunas de nuestras amables suscritoras, en que á la vez que confiesan hallar exactitud y verdad en los artículos de entrada de nuestro periódico, nos invitan á que examinemos con mayor detencion á las mujeres cuyas costumbres condenamos tan fuertemente y seremos con ellas mas indulgentes: desean tambien algunas que miremos con menos ceño la sociedad, pues segun nos manifiestan no es tan mala como nos parece; y últimamente una de nuestras jóvenes comunicantes concluye su graciosa y estimable carta diciéndonos que su mamá se va haciendo tan de la opinion de *La Mujer*, que teme si sigue el paso que lleva que convierta su casa en un convento, en cuyo caso va á ser la mas desgraciada de las mujeres, y el periódico que se proclamó el defensor de su sexo será el que habrá labrado su ruina y conducídola á la desesperacion.

Nosotras no solamente celebramos sino que hasta agradecemos á nuestras suscritoras que no están enteramente conformes con nuestras ideas, que nos lo manifiesten, y aun celebraríamos mas que nos remitiesen algunos artículos combatiéndolas, pues por este medio las cuestiones se dilucirian completamente y nuestro periódico contendria las opiniones de todas, y á todas complaceria; mas ya que esto no sucede por ahora, vamos á satisfacer á nuestras interesantes opositoras dando la razon de nuestras opiniones, rectificando algunas inexactitudes que padecen, y últimamente haciendo cuanto en nuestra mano esté para evitar que *La Mujer* atraiga tamañas desgracias sobre la que tanto teme que su mamá establezca en su casa la clausura, que ha de llevarla á ella á la desesperacion. ¡Dios nos libre de contribuir á tamaña catástrofe!

Cuando hemos condenado la conducta de las madres que establecen con sus hijas esa intimidad sin reserva alguna, esas confianzas sin miramientos de las madres que se asocian con sus hijas en comandita para disfrutar de todos los placeres y recorrer toda clase de aventuras, desnaturalizando completamente el trato que entre madres é hijas debe de existir, no hemos desconocido que esas madres imprudentes no obraban así por desafecto, sino que por el contrario, imbuidas en ideas absurdas, renuncian al respeto que les es debido porque lo califican de tiránico, y por consiguiente de falta de cariño: se abstienen de reprenderlas y corregirlas porque tambien juzgan equivocadamente que su amor no les permite contrariar á sus hijas queridas, y últimamente cuando las asocian á su vida de amoríos y aventuras tambien lo hacen llevadas del deseo de proporcionarles la felicidad segun ellas la entienden. Tampoco hemos desconocido que no debe achacárseles á ellas todo el mal, que es consecuencia de las ideas que los hombres han inculcado en la sociedad en que esas mujeres viven; ni hemos negado que esas madres lloren y se arrepientan de su error cuando se convencen de que, aunque por un camino de flores, condujeron á sus hijas á un precipicio. Todo esto lo hemos conocido y confesado, compadeciendo á las hijas y á las madres, procurando advertirlas de su error y lamentando únicamente el poco fruto que á pesar de nuestros deseos nos prometíamos de nuestros artículos, ya porque á quien corre ciego por esa senda florida no es fácil apartarlo de ella hasta que cae en el precipicio, ya tambien porque nuestra torpe pluma no puede llevar el convencimiento por mas que combata el error, cual harian otras mas ilustradas. Creemos por tanto que no merecemos la califi-

Biblioteca Nacional de España

cacion de poco indulgentes. ¿Podíamos haber hecho mas que manifestar no era la culpa de las mismas que cometian la falta? ¿No confesábamos tambien que no obraban así esas madres por su poco cariño, sino porque las imbuyeron en ideas erróneas y perjudiciales? ¿Hemos dudado nunca ni negado tampoco que verterian lágrimas amargas, aunque estériles, el dia que conocieran su equivocacion?

Reconózcanse pues nuestras comunicantes; confiesen que la indulgencia la hemos llevado al grado posible en este punto, como haremos siempre que tengamos que lamentar los estravíos de nuestro sexo; pues sobre estar en ello tan interesadas como cualquiera otra mujer, tenemos el convencimiento de que todas las faltas de nuestro sexo proceden de los hombres, que se han erigidos en árbitros de las costumbres, doctrinas y educacion de las mujeres, y últimamente porque profesamos aquella máxima santa de aborrecer al pecado pero no al pecador.

En otro artículo, que será continuacion del presente, contestaremos otro dia á las que desean miremos la sociedad con menos ceño, porque es mejor de lo que imaginamos; no olvidando satisfacer en el mismo el compromiso que al principio de este hemos contraido con una de las que nos escriben, de hacer cuanto nos sea posible porque no se convierta en claustro triste la que hasta ahora fué casa alegre, de buena sociedad y continua diversion; perdónenos esta señorita que hoy no demos satisfaccion á nuestra promesa; el mal que teme no vendrá con tal rapidez que no dé unos dias de espera.

IMPRESIONES DE UNA NOCHE.

(Leida en el Liceo de San Eloy.)

Hermoso pabellon de terciopelo
Que ante los ojos del Señor colgado
Nos le ocultas tal vez con ese velo
De mil estrellas en su azul bordado:
Yo te saludo, célica cortina,
Yo saludo tambien los luminares
Que la mano de Dios lanzó divina
Por inmensos espacios á millares.
Yo saludo la luz cándida, pura,
De la blanca señora de la noche,
Y saludo la brisa que murmura
Meciendo de la flor el lindo broche.
Benditas ¡ay! mil veces, noche hermosa,
Tus apacibles sombras bienhechoras,
Que una calma difunden misteriosa
Cercada de ilusiones seductoras.
Sombras leves que cruzan el espacio
Cambiando en varias formas de belleza,
Y al oido pronuncian muy despacio
Amorosos acentos de pureza.
Del sol de agosto la abrasada lumbre
El cuerpo enerva, el ánimo fatiga;
Mas al llegar la noche á su alta cumbre
Sus alas vate y el ardor mitiga.
De amor un aura suave se respira
Cargada de suspiros y de aromas;
De amor tambien el corazon suspira
Si percibe el cantar de las palomas.
Amorosa pareja en blando nido
Se aduerme con amante, dulce arrullo,
Y el viento le conduce á nuestro oido
Con suave aliento y celestial murmullo.
¡Qué venturosas son, noche querida,
Tus breves horas para mí un instante!
Instante celestial que adormecida
Tiene mi alma en ilusion amante.
Palpitando de amor mi corazon
Del pecho que le oprime quiere huir,
Y amoroso volar á la mansion
Donde otro corazon siente latir....
Mas ¡ay! yo le contengo, que en mi pecho
Siempre albergue purísimo ha tenido,
Y tal vez sin piedad pedazos hecho
Con desden lo arrojaran al olvido.
Entonces ¡ay de mi! no bastaria
Para calmar mi triste desventura
El llanto de dolor que verteria
En raudales inmensos de amargura.
Lágrimas ¡ay! de fuego abrasadoras
Surcáran por mi pálida mejilla,
Y de mi juventud fueran las horas
Destellos de una luz que apenas brilla.
Cual moribunda lámpara espirante
Mi triste vida así se estinguiria,
Trémula brillaria un solo instante
Y cual ella tambien se apagaria.
¿Mas por qué de esta imágen espantosa
Me dejo apoderar cuando en mi anhelo
Miro brillar como el zafiro hermosa
Una estrella purísima en el cielo?
Tal vez en ese luminar divino
Un ángel puro mi existencia vela;
Tal vez oculto marca mi destino
Y en la luz de esa estrella lo revela.

Biblioteca Nacional de España

¡Quién pudiera volar hasta la altura
Donde habita palacios de zafir,
Y la niebla rasgar que densa, oscura,
Encubre mi ignorado porvenir!
¡Quién sabe si esa fulgurante estrella,
Astro de amor que enciende mi esperanza,
Va á conducirme por gloriosa huella
A un puerto de sosiego y de bonanza!
Quién sabe si esa luz esplendorosa
Brillará por divina permision,
El secreto guardando silenciosa
De un dia de final desolacion,
En que arrojada sobre el mustio suelo
Por la mano irritada del Señor,
Al mundo sumirá en eterno duelo
Con incendio voraz, abrasador!...
Mas no, no brilla en tí, lucero mio,
Ese fulgor fatídico temible,
Que pensaba en mi loco desvarío
Cual hoguera infernal mirar horrible.
Tú no serás la luz que en pasagera
Hora brillara con fulgor divino,
Y en tinieblas mas densas me sumiera
Luego en torcido y áspero camino.
Tú no eres, no, de mi fatal estrella
La luz que me abandona en noche umbría;
Eres de mi ventura imágen bella,
Eres la luz de la esperanza mia.
Siempre te ostentarás deslumbradora
Prendida en esa hermosa colgadura,
Siempre serás la estrella brilladora
En que cifro mi gloria y mi ventura.
Lejos de mí los tristes pensamientos
Que el corazon abaten de dolor:
Gocemos de la vida los momentos
Que nos ofrece juventud y amor.
Otra vez, noche hermosa, te saludo
Con tus céfiros suaves y amorosos,
Y tus mágicas sombras, dulce escudo
De tiernos amadores venturosos.

Vicenta Villaluenga y García.

ANGÉLICA.

II.

(CONTINUACION)

—Magdalena!... gritó Eduardo fuera de sí.

—Arrojad á ese hombre de mi casa, repuso Magdalena alejándose.

Eduardo se lanzó hácia ella para detenerla con un movimiento de furor; pero no pudiendo resistir el peso de su emocion cayó sin sentidos en el suelo.

Magdalena lejos de conmoverse al verle en aquel estado iba á reiterar su órden, cuando apareció en el dintel de la puerta secreta una mujer vestida de negro, pálida é inmóvil como la estatua de un sepulcro. Era Angélica, que habia seguido á su esposo.

Ambas rivales no necesitaron mas que una rápida mirada para reconocerse. Contempláronse un instante en silencio, y el resentimiento se pintó en el semblante de Angélica, mientras una sarcástica sonrisa entreabrió los labios de Magdalena al ver aquella hermosura ya marchita, que tantos amantes le habia arrebatado en otro tiempo y que al presente ya no podia competir con ella.

—¿Qué quiere esa mujer? dijo por fin Magdalena con desprecio.

—Aquí está mi marido y este es mi lugar, dijo Angélica con inalterable dignidad.

—Arrojadlos á entrambos de mi casa.

—No será antes de que os diga que sois una mujer despreciable!

—¿Acaso porque no he dado mas rica limosna á vuestro marido? dijo Magdalena con sarcástica sonrisa; ¿por qué no íbais á pedírsela á vuesto amante coronado?

—Porque faltaria á mi dignidad y yo sé conservarla aun en la miseria; porque me considero mas feliz y mas digna del aprecio general, yo proscrita y virtuosa, que vos nadando en la opulencia, pero deshonrada!

—Angélica! gritó Magdalena llena de furor; ¿olvidas acaso que puedo vengarme entregando su cabeza al verdugo?

—Le habeis vendido otra vez engañándole con pérfidos halagos, y seria muy digno de vos el entregarle ahora fugitivo y moribundo.

—Esa mujer me insulta! gritó Magdalena fuera de sí dirigiéndose á los criados agrupados en la puerta del aposento. Arrojadla al instante de mi casa.

—No, dijo Angélica rechazando á los criados y acercándose á Eduardo; no será mientras mi marido permanezca en este estado.

Por fortuna este volvió muy pronto en sí, y cuando recobró sus sentidos, Angélica se acercó á Magdalena y le dijo con voz solemne:

—Mírale... Tal vez morirá en su triste peregrinacion! tal vez espera la misma suerte á su hijo, y

Biblioteca Nacional de España

tú serás la causa de su muerte. Yo encomiendo mi venganza al cielo. El te castigará tarde ó temprano, y tu mayor suplicio serán los remordimientos. En el silencio de la noche, en medio de las brillantes fiestas, y hasta en los brazos de tus amantes, te perseguirá sin cesar el recuerdo de los males que has causado. Oirás una voz que te gritará incesantemente: «Eduardo ha muerto, y tú le has matado, has hecho la desgracia de una mujer virtuosa que en nada te habia ofendido, y has grabado la marca de la fatalidad sobre la frente de un tierno niño!» Esta voz, este recuerdo, Magdalena, labrará tu eterno castigo y mi venganza.

Su acento era solemne; su voz amenazadora parecia revelar los decretos del destino inescrutable.

Magdalena tembló y su alma empedernida sintió por primera vez los remordimientos.

Angélica dió el brazo á su esposo, que permanecia confuso y anonadado, y atravesando por medio de los criados, que le abrieron paso con respeto, salió con aire digno de la sala.

Magdalena se dejó caer sobre el sofá y derramó amargas lágrimas: eran las primeras que vertia! Dios escuchó la voz de Angélica, y los remordimientos mas atroces desgarraron desde aquel dia su alma.

III.

Era una tarde de invierno, pero una tarde serena y deliciosa. Los últimos rayos del sol doraban apenas las cimas de los árboles y rielaban en los picos de las rocas cubiertas de nieve y en la llanura tapizada de hielo. Un aire suave agitaba las ramas desnudas de los árboles, y las hojas secas se veian arrebatadas en torbellino por la pradera, formando un melancólico zumbido. A un lado descollaba la ciudad de Choisy con sus torres, sus campanarios y sus tejados, agrupados en anfiteatro y cubiertos con una sábana de nieve, y al otro lado una escarpada montaña con su corona de hielos, que brillaba como una corona de diamantes á los rayos del sol. Por entre sus heladas rocas se descubrian algunas chozas miserables.

Una mujer, que al parecer habia salido de Choisy, se dirigia á ella lentamente. En su trage raido, en su semblante pálido y descarnado, se descubria la huella de profundos sufrimientos, y parecia que sus fuerzas la abandonaban, pues se detenia de vez en cuando para tomar aliento. Esta mujer era la infeliz Angélica. Segun sus predicciones, Eduardo estaba próximo á morir, y al salir de Choisy se habian visto obligados á detenerse en la primera cabaña que encontraron. Hasta entonces habian vivido con los pocos recursos que Ursula habia sacado de Choisy; pero acabados estos Angélica tuvo que recurrir á los amigos que tenia en la ciudad; pero, como sucede generalmente á los infelices, no encontró mas que corazones de acero y almas despiadadas.

La noche habia estendido ya su negro velo sobre la naturaleza cuando Angélica llegó á la falda del monte. La luna brillaba hermosa y luciente sobre un cielo diáfano, el frio era intenso, y la pobre mujer, helada y rendida de fatiga, tuvo que detenerse para cobrar aliento. Sentóse sobre una piedra, apoyó la cabeza sobre la mano izquierda y el codo en la rodilla, y quedó un breve instante inmóvil y pensativa.

(Se continuará.)

Angela Grassi.

CAROLINA CORONADO.

(CONTINÚA.)

Al Oeste, y á menos de nueve leguas de la capital de Estremadura, se asienta un villorrio cuyo principal atractivo es su cielo brillante y alegre. En él por los años de 1823, y como á cien pasos de la casa de Almendrejo, en que el poeta Espronceda vió la luz primera para ver tan prematuramente la última, en él nació la no menos celebrada poetisa D.ª Carolina Coronado, hija de D. Nicolás Coronado y de D.ª María Antonia Romero. Parecia que la suerte, al fijar la cuna de nuestra poetisa en uno de los lugares que aun existen en España donde continuan en vigor las rancias preocupaciones que condenan á su sexo á la ignorancia, la destinaba á una vida retirada y oscura. Pero un ingenio como el suyo crea en vez de ser dirigido por las circunstancias, y abriéndose paso al través de obstáculos que hubieran fatigado ó desalentado á un alma menos animosa y de inferior categoría, ha disipado con sus destellos las nubes que lo encubrian, derramando su esplendor por la nacion que se enorgullece de haberle dado cuna. Brillante como ha sido su triunfo, casi se hace penoso el trazar las dificultades por medio de la cuales se ha efectuado. En el apartado retiro en que nació y se ha criado, no solo estaba privada de las ventajas que la capital proporciona á las personas inclinadas á estudiar la ciencia de todas las edades y naciones acumulada en sus copiosas bibliotecas, sino que tambien hubo de luchar con la inveterada anti-

Biblioteca Nacional de España

patía que reina en las provincias hácia la ilustracion del bello sexo, antipatía que santificando la ignorancia á modo de religion hace se considere como caso de conciencia el dedicar esclusivamente á la mujer á las piadosas prácticas de la iglesia y á sus faenas domésticas, privándola de todo estudio, el cual se pinta allí como el corruptor infalible del entendimiento, cuando sirve para enaltecerlo. Los naturales de Estremadura al paso que han conservado en su primitiva pureza é inalterable vigor las duras pero inestimables virtudes, los modales, las costumbres, y debemos añadir las preocupaciones de sus abuelos, rechazando el lujoso pero incómodo trage del moderno refinamiento, tambien se han privado á sí mismos del auxilio que la educacion proporciona á aquellos cuyas naturales dotes mas de una vez se hubieran ahogado en su gérmen sin ella.

La madre de Carolina, lejos de enorgullecerse con las precoces muestras de talento de su hija, observaba con la mayor ansiedad sus esfuerzos para traspasar los límites del estrecho círculo que se permitia á su sexo en aquella parte de España. Y hasta no es inverosímil que en su estado de alarma hiciese amenudo la digna madre fervientes votos para conjurar la inminente calamidad. Siguiendo las máximas tradicionales trasmitidas de generacion en generacion se preparó á combatir al enemigo, y con loable aunque equivocado celo procuró sofocar las nacientes aspiraciones del genio que pugnaba por salir al aire y á la luz. Su hija se vió reducida á desempeñar las faenas domésticas, y fué criada para ayudar á su madre á sobrellevar el peso de una familia numerosa, con absoluta esclusion de aquellos estudios amenos que en otros paises proporcionan un agradable solaz á las mujeres de su clase. Al contrario de la generalidad de nuestras jóvenes modernas, la amable española se sometió sin murmurar á un género de vida que para un entendimiento como el suyo debe haberle sido en estremo enojoso, y desde la edad de nueve años se aplicó á la aguja con tal ahinco como si la naturaleza no la hubiera destinado jamás para otra especie de ocupacion. Al mismo tiempo recibió una educacion tan buena como en el pais era dado adquirirla, pero tal como nuestras lectoras, que pertenecen á un suelo mas favorecido, considerarian como de todo punto nula, pues se redujo á leer y escribir, á los rudimentos de la gramática y al catecismo.

Pero en tanto que sus manos adquirian tal destreza en la elegante obra de la aguja, hasta el punto de haberle grangeado una gran reputacion entre cuantos la conocian, sus facultades mentales, no menos activas, se hallaban tambien en ejercicio. Procuraba con infatigable ahinco adquirir materiales para satisfacer su ansia de instruccion, y por las noches, robando no pocas horas al sueño, se consagraba al estudio, no de las obras frívolas con que suelen pasar el tiempo las personas jóvenes é ireflexivas, sino de obras tales como la Historia crítica de España por Masdeu y las producciones maestras de los poetas clásicos. Las últimas especialmente ejercian en ella una fascinacion que desde luego revelaba sus naturales inclinaciones. Con frecuencia confiaba á la memoria los tomos de poesías que podia haber á las manos, á fin de continuar disfrutando de su compañía intelectual despues de haberlos devuelto á sus dueños. No es la suma de conocimientos literarios lo que ilustra el entendimiento, sino el provecho que de ellos se saca. El estudio de tales modelos despertó en breve el deseo de exhalar sus sentimientos en la melodía poética, y acostumbró su oido, naturalmente musical, á su armoniosa cadencia. De este modo aislada en un triste pueblo de campo, falta de recursos literarios y artísticos, en medio de las trabas que sus bien intencionados padres y amigos oponian á sus adelantos, de este modo fué como esta amable jóven sin la menor ayuda completó su educacion, adquiriendo un conocimiento profundo de la historia, la geografía y la literatura.

(Se continuará.)

Nuestra corresponsal de Cuenca nos refiere en su última comunicacion la horrorosa catástrofe que á continuacion trasladamos:

Vivia allí un panadero jóven y demente con su esposa, jóven tambien, y con tres niños, el mayor de cuatro años y el menor de seis ó siete meses. Hacia poco mas de un mes que este hombre habia sido dado de alta en el hospital de locos de Valencia, y á pesar de que su esposa conoció que no estaba curado, sufria las consecuencias de su terrible enfermedad, por temor de que atribuyesen sus quejas á deseos de apartarlo de su lado, una vez reconocido por sano en el hospital de Valencia. En la noche del martes último, de nueve á diez, intentó el demente matar á su infeliz esposa, á cuyo efecto la sujetó fuertemente y con una pequeña navaja empezó á degollarla; mas viendo que el instrumento que habia elegido no correspondia á sus deseos con prontitud, fué á buscar un

Biblioteca Nacional de España

cuchillo mayor, cuyo momento aprovechó su mujer para escaparse de su casa, herida ya en el cuello. Confiaba la desventurada en que se aplacaria no viéndola y pasando un rato solo con sus tres niños, á los cuales habia manifestado desde su vuelta del hospital de dementes de Valencia un cariño estraordinario, tratándolos aun en sus peores momentos con una ternura estremada. No sucedió en esta ocasion lo mismo, pues luego que advirtió la huida de su mujer cerró la puerta de la calle con llave y comenzó á arrojar por las ventanas cuanto en la casa halló, dando gritos desesperados que atrajeron á los serenos y despues al alcalde constitucional. Hubo un intérvalo en que apartándose de la ventana se retiró al interior de su casa, y en el cual pudieron forzar la puerta por órden de la autoridad y penetrar los que acudieron. Halláronle recostado en su cama, y lamentándose de que intentaran quitarle sus hijos, que se hallaban en sus camas. Cuál seria el horror de los que asistian á esta trágica escena cuando al considerarlos dormidas encontraron degolladas á estas tres inocentes criaturas! Ni uno solo hubo allí que no derramase lágrimas al contemplar la horrorosa consecuencia de la ligereza con que los médicos del hospital de dementes de Valencia habian dado de alta á este hombre, que en un momento de enagenacion cometió un acto tan bárbaro que seguramente lo conducirá á la desesperacion en el primer lucido intérvalo que llegue á comprender la horrorosa accion que ha cometido.

La infeliz madre sobre hallarse herida se encuentra en el estado de desesperacion mas completo; ella no pudo concebir ni remotamente que el demente deseaba sangre y verteria la de sus hijos á falta de la suya; en otro caso se hubiera dejado asesinar mil veces para libertar á sus inocentes hijos.

Además de estas personas tan allegadas al loco, se halla herido gravemente un sereno que cayó de una escalera de mano por donde intentaba penetrar en la casa, y otro á quien alcanzó en un hombro una de las piedras que arrojaba el loco.

Rubias y morenas. De un periódico tomamos los siguientes párrafos:

Los colores del pelo varian hasta lo infinito, porque el número de mezclas es incalculable. Si se me preguntan los motivos contestaré que los ignoro, y que no trato de hacer un análisis químico, sino de establecer qué colores convienen á los encantos de las mujeres, y sobre todo á las rubias y á las morenas, esas dos rivales eternas que se disputan el imperio que la naturaleza les ha concedido sobre los corazones. Este estudio es importantísimo, pues el mas leve error puede descomponer una fisonomía, hacerla desconocida ó darle un aspecto chocante.

Todo lo que brilla produce buen efecto sobre un pelo negro y hermosea una tez morena: por eso se dice que el amarillo y el encarnado son el afeite de su cara.

Las rubias buscan el color de rosa y el azul claro, que se armonizan con su fisonomía.

La preferencia que una da á los colores mas pronunciados y vivos, y la otra á las medias tintas, bastaria para la resolucion del problema, si los cabellos castaños y rojos no complicasen las dificultades.

Para las morenas, los colores punzó, cereza, amarillo, blanco, carmesí y negro.

Para las rubias, azul, rosa, verde, lila, violeta y pizarra.

Para las de pelo castaño, mezcla de todos los colores citados.

ANUNCIOS.

POESIAS

de la señorita doña Angela Grassi.

Véndese á 4 rs. en las librerías de Monier, carrera de S. Gerónimo; Rios, calle de Jacometrezo; Oliveres, calle de la Concepcion Gerónima, y en la imprenta de este periódico, calle de María Cristina núm. 8 cuarto bajo.

— —

FLORISTA Y COSTURERA.

En la calle del Olmo núm. 20, bollería, darán razon de una señorita que hace y enseña á hacer con la mayor perfeccion toda clase de flores, ya sea en su casa ó ya en la de las señoras que gusten favorecerla. Sabe tambien hacer vestidos y cualquiera otra prenda de mujer que se le encargue.

MADRID, 1852.

Imprenta de don José Trujillo, hijo,

Calle de María Cristina, número 8.

Biblioteca Nacional de España